

PERFORAR LA VIDA

Antonio García Rubio

1. Perforar la vida es estar convencidos de que estemos donde estemos, allí está Dios también.

El espacio necesario para reunirnos con él es el lugar de nuestro amor, que no quiere estar separado de Dios, que quiere encontrarle... Este deseo es el que configura la oración en cualquier lugar. Sea cual sea el lugar, el amor lleva consigo el deseo... Amar a Dios lo bastante como para querer estar con él.

2. Perforar la vida es tener la actitud de la credibilidad y de confianza en la existencia de «algo fundamental» que está enraizado o sumergido en el substrato más profundo de la existencia humana.

Hay que creer para perforar. Hemos de aprender a escudriñar la existencia de un modo habitual para encontrar las vías de gracia que están en el substrato de nuestra vida. Quien quiera perforar tiene que ponerse en actitud y deseo de que esa actividad sea posible en su vida.

3. Perforar la vida supone tener el deseo explícito de aquello que se anhela, de aquello que es capaz de llenar el vacío del hombre.

El creyente que quiera ser un perforador ha de aprender a cultivar el deseo del Misterio de Dios en su corazón. Si no se le hace un hueco serio en el alma al deseo de Dios, no habrá perforaciones.

4. Perforar la vida es un método que se caracteriza por el recurso a intuiciones rápidas que provocan encuentros de luz y de sabiduría con el Señor.

Cualquier acontecimiento se puede convertir en un vehículo para entrar en la hondura del encuentro, para perforar la capa superficial de la existencia y despertar la luz, la sabiduría y la vía del agua viva que es capaz de rejuvenecer y de provocar el cambio del corazón.

5. Perforar la vida es sin duda una invitación a aceptar la realidad como lugar de encuentro sorpresivo y agradecido.

Este trabajo requiere deseo y requiere hábito. Hemos de comenzar un trabajo que ha de ser propiciado por nuestra voluntad inequívoca de ofrecer un espíritu capaz de animar la mente y el corazón al deseo de estas perforaciones.

6. Perforar la vida es un hábito que se constituye en un patrón fijo que seguimos de forma automática o semiautomática por haberlo venido usando en esa forma en el pasado.

La conversión de la persona supone que la luz y la gracia del Evangelio han de ir penetrando suavemente por todo su entramado psicoafectivo, intelectual- racional, consciente-inconsciente,... Esta tarea ha de desarrollarse con paz y con sabiduría. Hay que crear, pues, el hábito de las perforaciones.

7. Perforar la vida supone abrirle respiraderos a esta vida irrespirable en la que nos hemos metido como sin querer y a la que no acabamos de encontrar salidas dignas.

Lo de fuera está demasiado explotado y saturado. Por eso hay que perforar la vida para encontrar en los brazos del Padre la paz y el sosiego de quien se sabe llamado a la mayor de las utopías y a dar testimonio de ella en el centro mismo del drama humano.

8. Perforar la vida es reconocer que ya han pasado los tiempos en que el creyente podía dedicarle muchas horas del día a la contemplación del Misterio insondable de Dios.

Todos estamos implicados en este mundo sin tiempo, sin espacio y sin alma. Todo está lleno de ruidos y de movimiento, aunque éste sea hacia ninguna parte. Por eso, es preciso perforar este vacío, perforar en momentos puntuales y crear el hábito de estas perforaciones.

9. Perforar la vida es una técnica muy evangélica, que el mismo Señor utilizaba a menudo en sus relaciones con Dios y en sus relaciones con los demás.

La fe guía las perforaciones y a su vez hace que aumente la fe de los que son objeto de las mismas. Jesús perfora de modo permanente la realidad y lo hace con amor. A través de las perforaciones llega hasta el Padre y conmueve el corazón de los oyentes.

10. Perforar la vida es tener la convicción de que Dios está en todas partes, de que la oración es posible en cualquier lugar donde haya un ser humano.

Estar convencido de que Dios está en cualquier alegría o en cualquier monotonía, en cualquier esperanza o en cualquier utopía,...

Las perforaciones pueden ayudar de un modo realista a tantos evangelizadores y hombres de fe que se ven atrapados por un ritmo vertiginoso de vida que impide poder ser dueño y señor de tiempo y espacios para encontrarse con Dios. Para poder estar con el ser del Padre Dios, para poder mantener la amistad con Cristo, para poder alentar cada día la llama de la fe y del amor del Espíritu Santo y para poder seguir con fidelidad el camino del amor entregado a los pobres y a cuantos precisan de liberación y de amor.

NOTA FINAL

El estilo de vida que suponen las perforaciones sólo puede **ser conducido por la pasión**, la misma pasión, que llevó a los doce y a los discípulos a recorrer los caminos del mundo anunciando que el sueño, el gran sueño de la Humanidad, está cumplido, había sido hecho hombre y había sido convertido en vida y vida abundante para todos.

Este estilo de vida, novedoso y viejo a la vez, de conducir las relaciones con el Misterio de Dios y con el mismo hombre, que suponen las perforaciones, **sólo es posible desde el entusiasmo** que nos provoca el hecho **de habernos encontrado con el Espíritu de Jesucristo**, un Espíritu que trastoca nuestros planes y el rumbo de nuestra existencia, sin sacarnos del «mundanal ruido» en que estamos sumergidos.

Un estilo de vida orante, como el de las perforaciones, que pretende instalar al hombre en la sensibilidad por todo lo humano y lo divino, por todo lo creado y todo lo intuido y presentido, ha de saberse fecundo para el corazón y para la vida de los pueblos. La convicción de que **lo que hacemos está preñando la historia de semillas de fe y de libertad** ha de ser total. Así lo quiere Dios nuestro Padre.

Es un estilo de vida, éste de perforar la existencia, que ha de tener la persuasión de **llegar hasta las raíces y los entresijos del ser humano**, hasta el centro misterioso y regenerador del ser de Dios y hasta la vida real y cautiva de los pobres, de los pecadores y de todos aquellos buscadores con los que nos podamos encontrar en los caminos del mundo y de la vida.